

Anselm JAPPE, *Las aventuras de la mercancía*, Logroño: Pepitas de Calabaza, 2015, 304 págs.

En los años ochenta, la última derrota del movimiento obrero y su desaparición de la arena histórica como sujeto capaz de llevar a cabo la transformación emancipadora de la sociedad planteaba la necesidad de reconsiderar las interpretaciones más extendidas del análisis marxista. En realidad, cuando las democracias liberales capitalistas lanzaron las campanas al vuelo ante el derrumbe definitivo del bloque del socialismo realmente existente hacía tiempo que el marxismo como tal había fracasado. Los proyectos de abolición del capitalismo habían derivado en procesos de modernización industrial acelerada y buena parte de la crítica social desertaba de un legado aparentemente agotado. Sin embargo, no todas las corrientes teóricas consideraron que alejarse del marxismo implicaba necesariamente renunciar a la crítica de la economía política marxiana.

El libro de Anselm Jappe presenta un amplio resumen de una teoría que comenzó a desarrollarse en Alemania a mediados de los años ochenta con la denominación general de crítica del valor. El grupo de autores organizado en torno a la revista *Krisis* –posteriormente *Exit!*–, entre los que destaca la figura de Robert Kurz, ha venido formulando una crítica radical al denominado marxismo tradicional al mismo tiempo que replanteaba una teoría crítica de la sociedad capitalista desde el análisis histórico de sus fundamentos y su dinámica. Ambos elementos son los pilares que sostienen la estructura de un libro en el que Jappe va desgranando las aportaciones concretas de esta corriente teórica. Tras exponer sucintamente tanto sus pretensiones como su marco histórico y político, dedica un extenso segundo capítulo a exponer los aspectos centrales del análisis de la mercancía que fundamentan su teorización. Sin embargo, no se trata, como él mismo advierte, de una reconsideración novedosa en sentido filológico o marxológico, sino de un replanteamiento del sentido fundamental de categorías como el fetichismo, la forma valor o la contradicción básica de la mercancía. A partir de este análisis, Jappe muestra la importancia de aspectos como la abstracción real en la reificación del vínculo social o la especificidad de categorías como el trabajo o la riqueza en el capitalismo. Los siguientes dos capítulos están dedicados a exponer las dos teorías más importantes del grupo *Krisis-Exit!* en una discusión con el legado del marxismo tradicional. Por un lado, la crítica a la ontologización del trabajo pretende separar a la crítica marxiana de su deriva modernizadora y, por el otro, la teorización de Robert Kurz acerca de la crisis de la sociedad mercantil supone la cancelación definitiva de

las ilusiones que pudieran derivarse de la descomposición del capitalismo. La autopsia que hace Jappe del capitalismo no invita a la esperanza, pero permite un hacer-camiento mucho más consciente y desengañado a las tareas del presente. A continuación, el libro ofrece dos capítulos que presentan las aportaciones afines a esta lectura de la crítica marxiana provenientes de otras disciplinas. Además de un breve repaso histórico del desarrollo de la mercancía y sus determinaciones desde la Antigüedad, Jappe muestra como el análisis de la crítica del valor puede beneficiarse de las investigaciones acerca de la sociedad capitalista que se han hecho desde la antropología. Émile Durkheim, Karl Polanyi o Marcel Mauss han planteado vínculos entre el fetichismo y la economía desde perspectivas que, si bien no siempre están exentas de problemas, tampoco dejan de ser contribuciones importantes a la crítica del capitalismo. Por último, el libro se cierra con un capítulo más bien coyuntural en el que Jappe discute con algunas de las figuras de la izquierda francesa más destacadas en la primera década del siglo XXI. Aunque este capítulo puede haber quedado en cierto modo obsoleto en lo que a los oponentes concretos se refiere, las posiciones que en él se critican tienen un recorrido mucho más largo y lejos de estar superadas resuenan con fuerza en la actualidad.

El punto de partida de la crítica del valor, en línea con la resonancia que tuvo la obra de Isaak Rubin, Georg Lukács o Theodor W. Adorno a principios de los años setenta, es no renunciar a la dimensión hegeliana del pensamiento de Marx e interpretar la labor teórica en el doble sentido de crítica como rechazo de las relaciones objetivas que esclavizan a los seres humanos, pero también como elucidación de las condiciones de posibilidad de esas mismas relaciones objetivas y sus formas de conciencia. Frente a la consideración de que el despliegue categorial de Marx es un residuo hegelianizante que oscurece la comprensión de su pensamiento, Jappe sitúa en las categorías elementales –mercancía, valor, trabajo y dinero– las claves que permiten hacerse cargo de todo el contenido abstracto que atraviesa y determina los procesos históricos y sociales concretos.

Sin embargo, como se ha dicho, el libro no busca tanto reconstruir un “verdadero” Marx como actualizar su teoría en función de los procesos históricos que han ido transformando la sociedad capitalista. Además del Marx que el marxismo tradicional habría convertido en un “teórico de la modernización” (pág. 17), el segundo sentido de crítica permite recuperar un Marx que cuestiona los fundamentos mismos de la civilización capitalista y apunta a la superación del proyecto modernizador antes que a su permanente promesa de realización. La tesis fundamental es

que el análisis categorial muestra que la contradicción básica subyacente al modo de producción capitalista no es el “conflicto entre trabajo y capital” (pág. 84), o entre fuerzas productivas y relaciones de producción, sino entre las determinaciones de la forma de la mercancía. Jappe sostiene que la forma elemental de la riqueza de las sociedades en las que domina el modo de producción capitalista “es “elemental” no en el sentido de un presupuesto neutro, sino porque encierra ya los rasgos esenciales del modo de producción capitalista” (pág. 32). La contradicción entre valor y valor de uso, y entre trabajo concreto y trabajo abstracto, determina una dinámica que atraviesa todas las esferas de la sociedad y se expresa en última instancia en la contradicción entre el valor y la vida social concreta, subsumiendo cada vez más aspectos de ésta bajo la lógica de la valorización.

De acuerdo con esta dinámica totalizante, la categoría del fetichismo de la mercancía adquiere una dimensión central que va mucho más allá de la mera mistificación. Jappe destaca que “para Marx, el fetichismo no es solamente una representación invertida de la realidad, sino una *inversión de la realidad misma*” (pág. 40) y vincula esta idea con el concepto de proyección desarrollado tanto por Freud desde el psicoanálisis como fundamentalmente por Durkheim desde la antropología cultural (págs. 182-193). El dominio de lo abstracto sobre lo concreto en las sociedades productoras de mercancías se traduciría en el dominio real de la producción sobre la sociedad en general.

La idea de la identidad entre la teoría del valor y la teoría del fetichismo conlleva una noción de dominación abstracta e impersonal que sitúa en un segundo plano la dominación de una clase sobre otra como fundamento del capitalismo. Desde el punto de vista lógico, afirma Jappe, las clases sociales no son las creadoras de la sociedad capitalista, sino meras “ejecutoras de la lógica de los componentes del capital” (pág. 80), cuya existencia se debe a la imposibilidad de las mercancías de acudir por sí mismas al mercado para intercambiarse. En este sentido, capital y trabajo no serían sino momentos sucesivos del proceso de valorización cuyo conflicto es intrínseco a la propia forma del valor. El capital no es el conjunto de los medios de producción, sino una relación social que produce sus propios sujetos sociales. Las clases sociales tampoco serían antagónicas más que en la medida en que se trata de los dos polos recíprocamente dependientes de una relación tautológica. En la sociedad productora de mercancías ni el capitalista ni el trabajador serían sujetos, porque la inversión fetichista supone que el verdadero sujeto es la mercancía. La contradicción expresada en el término “sujeto automático” pone de

manifiesto que “la forma del valor es necesariamente la base de una sociedad inconsciente que no tiene control sobre sí misma” (pág. 83).

Esta teoría del capital como sujeto automático, que Jappe pone en relación con el concepto de desincrustación de la esfera económica de Karl Polanyi (págs. 202-206), supone un rechazo a la concepción marxista tradicional de un capitalismo definido en términos de propiedad privada de los medios de producción y de mercado no regulado. Sin embargo, también implica una interpretación problemática de los procesos históricos de resistencia al capitalismo, pues Jappe considera que “el movimiento obrero no fracasó; al contrario, cumplió con su verdadera tarea: la de garantizar la integración de los obreros en la sociedad burguesa” (pág. 92). Para la crítica del valor la lucha de clases constituye un mecanismo de corrección de los excesos del capitalismo que, en determinados momentos, actúa incluso como el motor mismo de su desarrollo.

La crítica sin contemplaciones a la ontologización del trabajo en el proyecto marxista de superación del capitalismo busca mostrar que el trabajo no es una categoría transhistórica que deba ser liberada, sino una mediación social específicamente capitalista que debe ser abolida. Aunque la actividad productiva sea el elemento indispensable para la reproducción en todas las sociedades, “la sociedad mercantil es la primera sociedad en la que el vínculo social se vuelve abstracto, separado del resto, y donde esta abstracción, en cuanto abstracción, se hace realidad” (pág. 65). Por eso plantea Jappe que no se trata solo de criticar la cualidad abstracta del trabajo para mantener una concepción del trabajo concreto como mero metabolismo con la naturaleza. También el trabajo concreto es abstracto en la medida en que remite a una actividad humana específica y separada de otras actividades (pág. 102). Así, la crítica del capitalismo tiene que ir necesariamente acompañada de la crítica a una mediación que sustituye los vínculos sociales basados en la pertenencia a una determinada comunidad por el hecho de participar en la producción de valor.

La especificidad del trabajo como categoría capitalista viene acompañada por una dinámica contradictoria inherente a la forma de la mercancía. Si Marx había afirmado que dicha dinámica suponía una tendencia permanente a la crisis como único modo de resolver su conflicto intrínseco, Jappe va a mostrar, apoyándose fundamentalmente en el trabajo de Robert Kurz, que la teoría del valor no solo contiene una teoría del fetichismo, sino también una teoría de la crisis. La idea fundamental es que la sociedad capitalista destruye la base misma de su funcio-

namiento y su riqueza social. El aumento de la productividad supone una disminución del valor de cada mercancía que hasta ahora había sido compensado mediante el aumento total de la masa de mercancías. Sin embargo, la necesaria creación de nuevos mercados capaces de absorber las mercancías producidas se ha encontrado con varios límites difíciles de superar. Por un lado, la profunda crisis ecológica que venía desarrollándose durante toda la segunda mitad del siglo XX ha adquirido actualmente tintes de catástrofe planetaria y, junto con la escasez de fuentes de energía económicamente rentables, plantea un serio problema tanto en lo referente a la capacidad productiva como a los niveles de consumo. Sin embargo, el límite más dramático para la producción de mercancías proviene de su propio desarrollo. Más allá de la posibilidad o imposibilidad de aumentar ilimitadamente los mercados, Kurz afirma que es la competencia entre capitalistas lo que termina por desencadenar el hundimiento irreversible de la sociedad capitalista. La necesidad de aumentar constantemente la productividad por medios tecnológicos hace que el capital dependa cada vez menos del trabajo para su valorización y por tanto tienda a eliminar precisamente aquello que constituye su sustancia. Esta crisis de valorización se ve agravada por el hecho de que no es solo el trabajo en general lo que disminuye, sino especialmente el trabajo productivo. A la caída tendencial de la tasa de ganancia y el aumento de la productividad hay que sumar el aumento de todas las actividades necesarias para la sostenibilidad del trabajo productivo y la reproducción social en general. La mayor parte de estas actividades han sido relegadas a la esfera disociada del valor¹, pero el propio desarrollo capitalista ha generado una necesidad de sistemas educativos y sanitarios, infraestructuras de transporte, administraciones estatales y fuerzas represivas también cada vez más desarrolladas (pág. 128). El hecho de que todas estas actividades sean asumidas generalmente por el Estado supone un ahorro imprescindible para los capitalistas particulares, pero a nivel global amenazan la rentabilidad de la producción.

La conclusión que plantea Robert Kurz es que, si el fordismo logró rearticular el modo de producción para salvar la crisis de finales de los años veinte, solo la hipertrofia del sistema financiero ha conseguido mantener el cuerpo con vida otros treinta años. Ahora también este impulso se agota. Entre otras cosas la microinformática ha venido a dar la puntilla a un sistema moribundo al establecer tal ritmo

¹ La crítica del valor ha introducido en sus análisis una importante teorización acerca de la cuestión de género en el capitalismo de la mano de Roswitha Scholz. Sobre la crítica de la disociación del valor, cf. Roswitha SCHOLZ, "El patriarcado productor de mercancías. Tesis sobre capitalismo y relaciones de género", *Constelaciones, Revista de Teoría Crítica*, vol. 5, 2013, págs. 44-60.

productivo que “ninguna ampliación de los mercados es ya capaz de compensar la reducción de la parte de trabajo contenida en cada mercancía” (pág. 131). Solamente mediante la autonomización del capital financiero se puede mantener la ficción del crecimiento. Las empresas necesitan un flujo constante de crédito porque para seguir siendo competitivas requieren una inversión en capital fijo muy por encima de la plusvalía que pueden extraer del capital variable. Cada vez se necesitan mayores inversiones para hacer rentable una cantidad menor de trabajo. Esta teoría de la crisis parece verse confirmada por un proceso histórico inédito en el capitalismo: el ejército de reserva es desmovilizado y la explotación como forma de acceso a la supervivencia se convierte en muchas partes del mundo en un privilegio al alcance de unos pocos. El enorme aumento de las poblaciones superfluas señalan la flagrante contradicción de una sociedad en la que no hay trabajo para todos pero al mismo tiempo quienes trabajan tienen que trabajar cada vez más. La mala noticia que trae la crítica del valor es que la superación objetiva de la forma del valor (pág. 124) no es el preludio de la emancipación, sino más bien el enfrentamiento cada vez más virulento con su propio contenido material. El capitalismo muere de éxito, pero al morir se lleva consigo el mundo que ha creado. Como ya predijo Benjamin, el huracán del progreso deja ruinas a su paso.

Jappe considera que los procesos de desindustrialización de la mayoría de países del capitalismo avanzado son un proceso irreversible que prueba el límite interno de la forma valor. Las sucesivas crisis económicas, políticas y sociales que han venido sucediéndose en los últimos diez años en todo el mundo muestran las violentas consecuencias de una formación social fetichista cuyo fundamento se autonomiza. Sin embargo, la teoría de la crisis plantea un serio problema a las aspiraciones neokeynesianas de acudir a la esfera de la política para corregir el descontrol de la economía y contener su pulsión ciega. El problema reside en que la aspiración de reestablecer el equilibrio perdido y devolver la cordura a la sociedad metiendo en cintura a la codicia financiera y el desenfreno neoliberal obvia la dependencia absoluta del Estado respecto a los mismos procesos de valorización que debería regular. Es en este sentido que Jappe se muestra crítico con los intentos de recuperar el programa polanyiano de reinsertar la economía en la esfera de la política y polemiza con Bourdieu por centrarse exclusivamente en la dimensión neoliberal del capitalismo sin analizar sus vínculos con la lógica de la mercancía y la crisis del valor. De la misma forma, continua Jappe, quienes se postulan como una alternativa a la clase política actual capaz o poner la democracia en lo económico y en lo político al

desenfreno financiero corren el riesgo de verse obligados a “participar en la administración de la emergencia continua y la represión” (pág. 217).

Aunque la crítica del valor es una contribución importante a la comprensión de la lógica del capitalismo contemporáneo, también presenta algunas insuficiencias que es necesario señalar. Es innegable que cualquier teoría crítica contemporánea debería integrar la centralidad del fetichismo como inversión de la realidad y la desontologización tanto de las clases como del trabajo, sin embargo, el análisis categorial no puede prescindir de la dimensión histórica en aras de una comprensión puramente lógica de la dinámica capitalista. Hacerse cargo del contenido abstracto que determina lo concreto requiere ir más allá de las determinaciones categoriales para entender como estas aparecen realmente. Lo más abstracto no es lo más esencial.

El análisis de la forma de la mercancía muestra los rasgos fundamentales de la dinámica capitalista, pero no revela su realidad histórica y social, de la misma forma que el intercambio simple, aunque presenta las determinaciones fundamentales del valor, no permite explicar la valorización. No se puede olvidar que Marx acude a la forma más simple y más abstracta solo para volver a la “superficie” concreta mediante la sucesiva derivación categorial que exige la insuficiencia de la abstracción. Si el intercambio simple es una categoría lógica y no histórica, si no ha existido jamás en ninguna formación social, es precisamente por el hecho de que es una categoría demasiado abstracta que no explica realmente la producción; ni en otras sociedades, ni en la sociedad capitalista. En la medida en que la producción capitalista no es una producción para el intercambio simple de mercancías, categorías como la desposesión o la clase no pueden pensarse como meros productos de la forma capital; son también requisito y fundamento tanto en el nivel histórico como en el nivel lógico.

La concepción de Jappe acerca de las clases sociales como elemento secundario se debe a que permanece en el nivel abstracto donde los productores privados independientes solo se distinguen porque unos compran y otros venden, pero no se puede obviar que lo que se compra y se vende es fuerza de trabajo. La reformulación del fetichismo como inversión real permite comprender cómo las abstracciones dominan la vida social concreta, pero precisamente implica también que dichas abstracciones no son meras categorías conceptuales y que por tanto se debe atender a como se expresan y cuál es el contenido concreto que determinan objetivamente. La realidad de las categorías fetichistas no supone que estas sean más reales que su

contenido. En la medida en que el fetichismo no es mera ilusión el contenido concreto de la forma es tan verdadero e importante como la abstracción misma. Subsumir los procesos históricos bajo el paradigma del desarrollo lógico corre el riesgo de reproducir inadvertidamente un fetichismo del fetichismo. Si algo distingue la crítica de la economía política de Marx de sus predecesores es que demuestra que no es la forma del valor la que produce las relaciones sociales, sino que son estas las que reproducen la forma del valor. El análisis de las formas fundamentales no puede eliminar el hecho de que el capitalismo no comenzó con el intercambio simple, ni siquiera con la compra de fuerza de trabajo, sino con la desposesión de los medios de vida.

El análisis histórico que lleva a cabo la crítica del valor se plantea en términos de desarrollo lógico de las categorías formales, pero al eliminar un rasgo inherente a la historia como es su contingencia radical es fácil acabar en una justificación ni más ni menos que bajo el signo de la necesidad lógica. La recuperación del legado hegeliano presente en Marx es fundamental para comprender cuestiones como la realidad del fetichismo o el capital como sujeto automático. La idea del valor como una categoría totalizante específicamente capitalista muestra la razón de ser de la absolutización idealista hegeliana una vez que sus conceptos se vinculan con procesos históricos y sociales concretos. Pero si la teleología propia del marxismo más vulgar se debió en parte a una pretendida inversión materialista de Hegel, el automatismo del capital como movimiento del valor expandiéndose a sí mismo presenta los mismos rasgos de hipóstasis de la abstracción que caracterizó al idealismo. Una teleología que sustituya el socialismo por la barbarie no está más cerca de poder explicar el movimiento real de un sistema objetivo que existe por sí mismo. La distinción entre un marxismo hegeliano y un hegelianismo marxista² es fundamental para entender que no es lo mismo la necesidad de autoexpansión que el mecanismo real del movimiento automático. Para explicar cómo se produce realmente el despliegue de las determinaciones de la mercancía es necesario tener en cuenta el papel central que juegan las relaciones de clase en la forma alienada de interacción social que constituye el valor. El capital y el trabajo son dos momentos de la valorización del valor, pero la acumulación tautológica de trabajo solo es tal para el capitalista. El trabajo como mediación social para el trabajador no es un medio de acumulación, sino de desposesión.

² Sobre la distinción entre marxismo hegeliano y hegelianismo marxista, cf. "Capital beyond class struggle?" en *Aufheben* n° 15, 2007, págs. 30-51.

Es importante resaltar que la noción de sujeto automático tal y como es planteada por la crítica del valor tiende a disolver la contradicción entre sujeto y objeto que caracteriza al capitalismo. Jappe critica con acierto la idea de que habría un sujeto ontológicamente contrapuesto al capital, pero al postular el capital como único sujeto elimina el hecho de que “los hombres renuevan mediante su propio trabajo una realidad que los esclaviza cada vez más”³. Ciertamente el capital actúa como sujeto en tanto que estructura a priori de la razón subjetiva⁴, pero esa mediación es siempre contradictoria en un doble sentido. En primer lugar, porque la mediación no se lleva a cabo en el ámbito abstracto de las categorías sino en la vida social concreta y por tanto hay una experiencia de la alienación. Y en segundo lugar porque el valor, y por lo tanto el capital, no deja nunca de ser una relación social entre seres humanos por más que se autonomice y por consiguiente mantiene siempre el carácter contingente de lo constituido. La crítica del valor cuestiona acertadamente que los intereses objetivos del trabajo apunten a una superación del capitalismo, pero su análisis deja de lado la realidad del trabajo en cuanto mediación social en función de la relación concreta de los distintos grupos sociales con dicha mediación. La dominación abstracta no es una dominación en abstracto.

La crítica a la noción ontológica de clase como sujeto dado que encarna la negación del capitalismo necesita a su vez mantener la tensión dialéctica que caracteriza la relación entre capital y trabajo. Como momento de la valorización el trabajo es un elemento constitutivo del capital, y no su contradicción, pero ello no supone que sea únicamente una parte integral de su desarrollo. El análisis histórico es fundamental para no reproducir un esquema funcionalista en el análisis de clase. Si se toma en serio la importancia de la categoría de totalidad casi resulta tautológico afirmar que el trabajo no es algo que se oponga al capital desde fuera, por lo que el papel histórico del movimiento obrero no puede entenderse desde los términos de esa falsa dicotomía entre dentro y fuera.

Por último, la crítica inmanente no implica que la afirmación del trabajo sea o haya sido la única opción abierta ante los trabajadores. En este sentido la experiencia histórica del movimiento obrero no puede identificarse sin más con el programa del marxismo tradicional, ni puede explicarse a posteriori como necesidad lógica. No es el movimiento obrero lo que actúa como motor del desarrollo del

³ Max HORKHEIMER, *Teoría tradicional y teoría crítica*. Barcelona: Paidós, 2000, pág. 47.

⁴ Theodor W. ADORNO, “Introducción” en Th. W. ADORNO, K. POPPER, [et. al.], *La disputa sobre el positivismo en la sociología alemana*. Barcelona: Grijalbo, 1973, pág. 18.

capitalismo, sino su fracaso. El análisis lógico de las categorías capitalistas tiene que desprenderse de una concepción lineal de la historia si quiere integrarse en una teoría crítica de lo existente aquello que fue frustrado y que apunta a la posibilidad de “liberarse de la tiranía de las leyes históricas” (pág. 229). El historiador Marcel van der Linden, en su reseña acerca de las contribuciones de Moishe Postone y del grupo *Krisis*, muestra cómo esta perspectiva reproduce una concepción de la tradición liberal de historiadores del trabajo “que reconstruye el desarrollo de los movimientos obreros como la historia de la emancipación civil –y consecuentemente la integración– de la clase trabajadora en el capitalismo”⁵. Por más que en la explicación del fracaso del movimiento obrero haya que introducir la articulación del propio proyecto de emancipación, el análisis histórico no puede obviar que su historia es la historia de los intentos de superar el capitalismo.

La crítica del valor comenzó a formularse en un momento en que el productivismo marxista aún mantenía fuertes ilusiones que era necesario dismantelar. La pregunta que es necesario plantear hoy es si el escenario sigue siendo el mismo. Aunque muchas de las viejas ilusiones sigan impregnando buena parte del imaginario social, la actual dinámica del capitalismo contribuye a disolver buena parte de ellas. La crítica del trabajo como categoría específicamente capitalista es hoy tan necesaria como a finales de los años ochenta, pero ni la afirmación del proletariado como sujeto revolucionario ni la realización de la clase trabajadora como sujeto universal son ya el programa de los intentos de superación del capitalismo. Una prueba de la necesidad de actualizar la teorización de la crítica del valor es precisamente esta aportación de Jappe a la difusión de sus planteamientos. El grueso de las tesis teóricas está formulado contra el denominado marxismo tradicional y, sin embargo, sus adversarios teóricos inmediatos (ya sean Bourdieu, ATTAC, José Bové o Hardt y Negri) difícilmente pueden ser situados en esa categoría. Por más que compartan algunos de sus presupuestos básicos es menos lo que los une que lo que los separa. La crítica a la ontologización del trabajo no tiene que enfrentarse hoy tanto a la posibilidad de un resurgir del productivismo de corte marxista como al giro liberal del posmarxismo ante la nueva deriva nacionalista y xenófoba provocada por el capitalismo.

Jappe es sin duda consciente de esto, pero podría decirse que la excesiva fijación contra un determinado oponente corre el riesgo de convertirlo en un hombre de

⁵ Marcel VAN DER LINDEN, “The historical limit of the workers’ protest: Moishe Postone, *Krisis* and the “commodity logic”, *International Review of Social History*, nº 42, 1997, págs. 447-458.

paja. El alejamiento del marxismo tradicional no debería suponer un paso al otro extremo so pena de acabar difuminando las diferencias fundamentales con quienes, entonces tanto como ahora, han tomado al mismo adversario como punto de referencia para llevar su crítica hasta la impugnación bajo la acusación de esencialismo. El fantasma que recorre actualmente la teoría no es tanto la defensa de un sujeto ontológicamente dado en términos de clase como la negativa a considerar la realidad de toda estructura social objetiva.

Jorge del Arco Ortiz

jorge.del.arco.ortiz@gmail.com